

El trabajo humano como manifestación del Espíritu Santo

Rev. Aragon. Teol. 9 (1999)

Carlos Escribano Subías

Introducción

El Espíritu se manifiesta en cada uno para el bien común. (1Cor 12,7)

Esta frase dirigida por San Pablo a la comunidad cristiana de Corinto me gustaría que sirviese como punto de partida y de llegada, para estas breves consideraciones sobre el mundo del trabajo, y más en concreto para sumergirnos en la realidad de la presencia del Espíritu Santo en esta faceta fundamental de la existencia humana.

Sin pretender hacer una exégesis del texto paulino, trabajo que queda para nuestros expertos escrituristas, si me gustaría hacer una pequeña aproximación al mismo. San Pablo escribe estas líneas en las que invita a la comunidad de Corinto a hacer buen uso de los dones recibidos del Espíritu como testimonio de la presencia del mismo. Quiere hacerles notar que esos dones han sido recibidos para el bien de toda la comunidad. Dones que han recibido personas concretas y que ponen de manifiesto la presencia del Espíritu en aquella realidad.

Si uno actualmente mirase a su alrededor en la realidad que le toca vivir, en la comunidad en la que está encarnado, podría intuir también la presencia del Espíritu como don en muchos comportamientos de sus prójimos.

A mí me gustaría fijarme en uno en concreto. El Espíritu se manifiesta en la persona que trabaja y que asume su trabajo como un gozoso camino de vida cristiana, que le hace más persona, y que repercute en la creación de un mundo mejor.

El Espíritu se manifestará cuando exista una persona con una vida de trabajo vivida conscientemente como colaboración con el Creador, como participación en la obra redentora de Cristo y como anticipación de los nuevos cielos y la nueva tierra.

A desarrollar esta manifestación del Espíritu en el trabajo del hombre voy a dedicar las próximas páginas.

1. Algunas puntualizaciones filosóficas y terminológicas

Antes de comenzar a profundizar en el tema que nos ocupa me gustaría hacer algunas puntualizaciones de contenido principalmente filosófico para ayudar a comprender el desarrollo posterior.¹

¹ La mayoría de las puntualizaciones que se incluyen en este apartado se pueden encontrar perfectamente desarrolladas y explicadas a lo largo de la carta Encíclica del papa Juan Pablo II *Laborem exercens* del 14 de septiembre de 1981.

Definición de trabajo: es toda actividad humana que transforma directa o indirectamente lo externo (el cosmos en general), y por la cual el hombre se transforma y se perfecciona a sí mismo en cuanto que ser individual y social.²

El trabajo afecta de modo directo a toda la persona, es intrínseco a ella, es un acto personal, de todo el hombre —cuerpo y espíritu— .

Prioridad de la dimensión subjetiva del trabajo: a la hora de considerar la realidad del trabajo del hombre nos damos cuenta en seguida de que en ella se entrecruzan dos dimensiones: el trabajo en sentido objetivo, como sometimiento y utilización de la naturaleza y de sus posibilidades; y el trabajo en sentido subjetivo como desarrollo del hombre en el propio acto de trabajar. Son dos aspectos de una misma acción humana que no deberían presentarse escindidos. En caso de que así ocurriese la dimensión subjetiva del trabajo prima sobre la objetiva³.

Esta doble apreciación de la realidad del trabajo es posible por ser esta una actividad transitiva, que partiendo del sujeto, tiende hacia creaciones objetivas. El hombre es capaz de trascenderse a sí mismo dando lugar así a estas creaciones objetivadas.

Valor del trabajo: en el trabajo y en los procesos que este desencadena podemos apreciar diversos valores, pero debe quedar muy claro que el primer fundamento del valor del trabajo es el hombre mismo, su sujeto. Su valor, pues, se determina no por el tipo de trabajo que se realiza, sino por el hecho de que quien lo ejecuta es una persona. De acuerdo con esto no pueden hacerse distinciones éticas dependiendo de un tipo de trabajo o de otro, ya que el que lo realiza es un hombre.

El trabajo es un bien para el hombre: en ocasiones, un bien arduo, pero acorde, siempre, con su dignidad, que la expresa y aumenta. Mediante el trabajo no sólo transforma la naturaleza adaptándola a las propias necesidades sino que se realiza a sí mismo como hombre, se hace más hombre. Trabajar no es sólo una necesidad, es un deber que brota de su misma humanidad, cuya subsistencia y desarrollo exigen el trabajo.

Valor social del trabajo: el trabajo se da históricamente como un fenómeno social, es decir, como hombres que trabajan *junto a* otros hombres y *con* otros hombres. El fruto de mi trabajo, no sólo queda en mí como perfección personal, o en las cosas, como perfección de la naturaleza, sino que, por medio de ambos efectos, es también transitivo hacia los demás hombres, les presta un servicio, les beneficia en muchos e importantes aspectos.

El trabajo desde una perspectiva cristiana: el hombre es un ser creado por Dios y llamado a la unión con Él. Ser que trasciende el tiempo y participa de lo eterno, ser que en la historia y a través de la historia entronca con la eternidad. De aquí surge el

² J. CHOZA, *Sentido objetivo y sentido subjetivo del trabajo*, en AA.VV., *Estudios sobre la encíclica Laborem exercens*, BAC, Madrid, 1987, p. 233.

³ J.L. ILLANES, *Ética y teología del trabajo*, *ibid.*, pp.745-746.

Evangelio del trabajo: el anuncio alegre de la Palabra de Dios que trasmite al hombre que es persona y que lo es también y precisamente en su trabajo. El trabajo nace de su ser persona y está al servicio de su personalidad.

2. Perspectiva teológica

Partiendo de la visión cristiana del trabajo, de la que hacíamos alusión en el apartado anterior, vamos a desarrollar, brevemente, aquellos elementos que fundamentan el Evangelio del trabajo y que nos permiten avanzar en nuestro discurso que pretende encontrar en el trabajo humano la manifestación del Espíritu para el bien común.

Para ello haremos una aproximación a la relación que presumiblemente existe entre cada una de las personas de la Trinidad con el trabajo humano⁴. Los dos primeros puntos de este apartado, la relación con el Padre y con el Hijo, se hacen necesarios para poder culminar en la relación con el Espíritu.

El trabajo en relación con el padre

A.1 El hombre creado a imagen y semejanza de Dios

En el capítulo primero del Génesis se relata la Creación del hombre. Fue creado a imagen y semejanza de Dios. El trabajo se relaciona con el hombre, imagen de Dios, por el mandato recibido de su Creador de someter y dominar la tierra.

El trabajo es signo de la imagen de Dios depositada en el hombre. De hecho, como ya dijimos en la introducción filosófica, el trabajo humano es una actividad transitiva, no inmanente, que se dirige a un objeto externo. Sabemos que su fuente y raíz está en el sujeto humano, el cual empeña toda su inteligencia y su voluntad en la realización de esa creación objetivada. Ello denota la presencia de subjetividad o de espíritu en el seno del mundo, como algo cuasidivino, que se corresponde con la imagen de Dios en el hombre⁵. Esas realidades transformadas, de alguna forma contienen la huella de la persona que las ha trabajado.

El hombre mediante su trabajo va confirmando su dominio sobre el mundo visible, colocándose así en la línea del plan original del Creador. La idea de ese dominio, de acuerdo con el plan de Dios, está necesaria e indisolublemente unido al hecho de que el hombre ha sido creado, hombre y mujer, a *imagen de Dios*. El trabajo humano se convierte en expresión del señorío, participación del poder mismo de Dios, que no solo modifica el mundo visible, sino que es reflejo del imperio sobre la creación que posee el propio Creador.

⁴ Cf. A. GALINDO, *Moral socioeconómica*, BAC, Madrid, 1996, pp. 302-305.

⁵ Cf. J.Y. CALVEZ, *La Enseñanza social de la Iglesia. La economía. El hombre. La sociedad..* Herder, Barcelona, 1991, pp.322-324.

El trabajo del hombre se realiza partiendo de un mundo creado, existente, don de Dios. El trabajo presupone dos elementos: la naturaleza y el esfuerzo de la inteligencia humana por desentrañar sus virtualidades. Por eso aunque el trabajo es una acción, conlleva cierta pasividad, recepción, apertura al don que en último término viene de Dios. En ese don recibido, regalo de Dios, es donde el hombre deja su impronta, su huella, inyecta su propio espíritu, prolongando en la realidad donada, su propia creación a imagen de Dios.

El hombre con su acción prolonga la obra creadora del mismo Dios y prepara el retorno del don recibido a Dios mismo, ennoblecido por su trabajo.

A.2 El hombre participa en la obra del Creador

El Génesis es considerado por Juan Pablo II en *Laborem exercens*⁶, como el primer Evangelio del trabajo. Esto es así no sólo por la idea de que el hombre ha sido creado a imagen de Dios, sino también a semejanza de Él. De aquí debe deducirse la participación del hombre en la obra de la Creación.

En el Génesis se utiliza un antropomorfismo atribuido a Dios en el que se dice que Dios trabaja para crear el mundo. De ahí se sigue que el hombre creado a su imagen y semejanza debe imitarle en su trabajo. Si Dios trabaja, el hombre trabaja, porque el hombre lleva consigo — y sólo él — el elemento singular de la semejanza con Dios. El trabajo se convierte así en prolongación de la obra creadora divina, de acuerdo con el plan inicial de dominar la tierra.

Pero en este contexto de semejanza del hombre con Dios debe incluirse también el descanso. Dios trabaja, pero al terminar su labor, al séptimo día descansó. El trabajo humano exige descanso que no consiste sólo en el cese del mero ejercicio de las fuerzas humanas en la acción exterior, sino que es una dimensión del trabajo mismo: el darse y desarrollarse del trabajar debe generar un espacio interior, donde el hombre se va convirtiendo cada vez más en sí mismo de acuerdo a la voluntad divina, preparando así el descanso que Dios tiene preparado a sus amigos.

Por tanto el descanso del hombre no es la mera interrupción semanal de la labor manual o intelectual, sino que debe revelar una actitud contemplativa a imitación del Dios Creador. Un Dios que no se limita a ejecutar planes preconcebidos, sino que desde su sabiduría contempla la exactitud de su ejecución. Dios que crea, contempla, y en su infinita Bondad, se complace en la fuerza expansiva de comunicación de Sí a todo lo demás⁷.

El hombre debe por tanto incluir en su espiritualidad del trabajo estos elementos de *acción, contemplación y gozo* y llenarse de la realidad asumida por el propio Dios: creaba, pero a la vez contemplaba lo hecho y se complacía en ello, al ver que todo era bueno e imagen de su bondad. El hombre debe imbuirse en ese proceso pues el fruto de su trabajo de alguna forma tiene su propia impronta, que le puede llevar a la contemplación y al gozo.

⁶ LE n.27.

⁷ Cf. J. ITURRIOZ, *Espiritualidad del trabajo* en Revista de Fomento Social, nº 146, Abril 1982, p.214.

A.3 El hombre al trabajar contribuye a la vuelta de todas las cosas a Dios

El hombre al trabajar no sólo imita a Dios creador sino que contribuye a la vuelta (reditus) de todas las cosas a Dios y sirve así para su gloria. Así nos encontramos en la constitución pastoral *Gaudium et Spes* del Concilio Vaticano II lo siguiente: «El hombre creado a imagen de Dios, recibió el mandato de gobernar el mundo en justicia y santidad, sometiendo así la tierra y cuanto en ella se contiene, orientando a Dios la propia persona y todo el Universo, reconociendo a Dios como creador de todo, de modo que con el sometimiento de todas las cosas al hombre sea admirable el nombre de Dios en el mundo entero»⁸.

De alguna forma esta intuición viene reafirmada en el ofertorio de la Misa cuando se ofrecen el pan y el vino fruto de la tierra o de la vid, don de naturaleza, y del trabajo del hombre, que le hace incluirse existencialmente en los dones presentados al Padre, y que se le ofrecen a Este ennoblecidos por el trabajo transformador del hombre para la gloria de Dios.

La conciencia que existe en el hombre de participar en la obra de la Creación por medio del trabajo, debiera constituir el móvil más profundo para que el hombre inicie sus actividades laborales en los distintos sectores, como forma de alabanza a Dios y de recapitular todas las cosas en Él.

La realidad expresada en este primer apartado viene muy bien recogida por Pablo VI en su encíclica *Populorum Progressio*. «Creado a imagen suya, el hombre debe cooperar con el Creador en la perfección de la creación y marcar a su vez la tierra con el carácter espiritual, que él mismo ha recibido. Dios que ha dotado al hombre de inteligencia, le ha dado también el modo de acabar de alguna manera su obra, haciendo del trabajador un creador. Aplicándose a una materia que se le resiste, el trabajador le imprime un sello, mientras que el adquiere tenacidad, ingenio y espíritu de invención»⁹.

El trabajo en relación con el hijo

B.1 Jesús el hombre del trabajo

Jesús proclama la buena noticia del trabajo. Proclama ese Evangelio y también lo cumple. El mismo era hombre del trabajo. Cristo pertenece al mundo del trabajo, tiene reconocimiento y respeto por el trabajo humano. Mira con amor el trabajo, sus diversas manifestaciones, viendo en cada una de ellas un aspecto particular de la semejanza del hombre con Dios¹⁰.

El hecho de que Jesús trabaje no es un elemento de segunda importancia en la realidad del Verbo encarnado. Jesús manifiesta su voluntad redentora no sólo con

⁸ GS n°34.

⁹ PP n°27.

¹⁰ Cf. LE n° 26.

sus palabras, sino también con sus obras. Sus acciones ayudan a entender el sentido de sus palabras, y acciones y palabras revelan el misterio escondido en Dios. Para nosotros tiene gran importancia la vida oculta de Jesús, donde Jesús nos redime a través de su trabajo. Cristo no trabaja y a la vez nos redime, sino que nos redime trabajando.

A lo largo de los cuatro evangelios Jesús hace referencias continuas a distintos oficios que desempeña el hombre y que están diseminados a lo largo de sus páginas. Valora esas acciones del hombre, y basándose en ellas expone su doctrina. Pero lo que realmente impacta del Evangelio, no es tanto la doctrina que sobre el mismo se recoge en sus páginas, sino la realidad misma de ese Dios que se hace hombre y se pone a trabajar!

Como corolario a esta exposición evangélica, las cartas del Nuevo Testamento confirman la importancia del trabajo en la vida del hombre como aplicación de lo aprendido de Cristo mismo. Baste en este sentido recordar la actitud de S. Pablo de ganarse el sustento con sus propias manos y la radicalidad de sus sentencias dadas a la comunidad de Tesalónica: «Quien no quiera trabajar que no coma»

B.2 El Misterio Pascual: la cruz y la resurrección de Cristo

El trabajo, la tarea de dominar el mundo, implica de hecho, después del pecado, cansancio y fatiga. También respecto a este aspecto doloroso y penal del trabajo —que no destruye su bondad primigenia, pero que marca profundamente su ejercicio— el Evangelio pronuncia una palabra definitiva al anunciar el misterio pascual de Cristo.

Esta idea novedosa respecto al Antiguo Testamento permite al hombre hacerse consciente de participar con su trabajo, no sólo en la obra de la creación, sino también en la redención.

El misterio pascual va cargado con la cruz de Cristo, con su obediencia hasta la muerte. El sudor y la fatiga del trabajo del hombre, ofrecen la posibilidad de participar en el amor a la obra que Cristo vino a realizar. Con sufrimiento y con muerte se cumplió la obra de la salvación. Con la fatiga del trabajo en unión con Cristo crucificado por nosotros, el hombre colabora en cierto modo con el Hijo de Dios en la redención del género humano. Así nos lo recuerda Juan Pablo II: «En el trabajo humano, el cristiano descubre una pequeña parte de la cruz de Cristo y la acepta con el mismo espíritu de redención con el cual Cristo ha aceptado su cruz por nosotros»¹¹. La cruz de cada día, clavada en la entraña del trabajo, a que es llamado el cristiano, demuestra quién es verdadero discípulo de Jesús.

Pero el misterio pascual envuelve también la Resurrección de Cristo. En el trabajo, merced a la luz que penetra dentro de nosotros por la Resurrección de Jesús, encontramos siempre un tenue resplandor de la vida nueva, del nuevo bien, casi co-

¹¹ Cf. LE nº 27.

mo anuncio de los nuevos cielos y de la tierra nueva, los cuales mediante la fatiga y el trabajo son participados por el hombre y por el mundo. Si el trabajo está incrustado en la Cruz de Cristo, quien trabaja esta abrazado a Cristo para la Resurrección.

Sólo con la fatiga, el hombre puede descubrir ese bien nuevo que comienza con el mismo trabajo y que se da, ya ahora, en la historia anticipando la plenitud futura. Cobra así gran importancia la perspectiva escatológica del trabajo. Esta perspectiva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra en la que nos ha tocado vivir.

En resumen: el trabajo humano, incluso con la fatiga que lleva anexo, abre grandes perspectivas en la dinámica humana encaminada a la construcción de un mundo mejor. El hombre con su trabajo, puede participar, aquí y ahora, en la construcción del Reino de Dios, siendo conscientes que el Reino se ha manifestado ya, pero todavía no.

El trabajo en relación con el espíritu

Hasta ahora hemos analizado los elementos más significativos que afectan a la visión cristiana del trabajo. Pero lo importante, no es tanto tener un pensamiento y una visión adecuados del trabajo, sino vivir el trabajo en la verdad y en la caridad¹².

En definitiva se trata en dar el paso existencial que involucre totalmente al hombre en la realidad del trabajo.

No se trata sólo de que el mensaje cristiano diga algo sobre el trabajo, revelando que es una contribución a la obra de la creación y de la redención, sino que la actividad misma del trabajo y la conciencia del trabajador no sean ajenas a esta dimensión. Así el proceso del trabajo o el proceso de la concienciación del trabajador, *pueden* convertirse en parte integrante de su riqueza espiritual¹³.

Decir *pueden*, significa que no me encuentro ante un proceso automático, sino ante un proceso de libertad. Es decir hay unos aspectos que son intrínsecos y esenciales del trabajo y otros que pueden referirse a él, pero que sólo lo hacen en virtud de una libre elección. De una parte el trabajo procede inmediatamente de la persona (es intrínseca y esencialmente un acto personal); asimismo, es para el trabajador y para la familia el medio ordinario de subsistencia; por el trabajo se une el hombre a los demás hombres y les hace un servicio. Pero de otra parte, por el trabajo *puede* practicar la verdadera caridad y cooperar al perfeccionamiento de la creación divina¹⁴.

El hecho de que el trabajo humano se fundamente en la naturaleza del hombre, imagen de Dios creador, y de que con el trabajo se pueda participar en la obra re-

¹² Cf. J. GUILLET, *Présence de l'Écriture Sainte, en L'homme au travail*, Centurion, Paris, 1982, p.142.

¹³ Cf. J.Y. CALVEZ, o.c., pp.329-330.

¹⁴ Cf. GS 67.

dentora de Cristo, *pueden* convertirse en una realidad consciente mediante la *intención* del hombre y con la *gracia* de Dios. El trabajo concreto del hombre tiene un sentido o significado concreto a los ojos de Dios. Ese sentido preexiste. El hombre capta ese sentido y lo aplica a su trabajo. Pero como es un acto de la libertad también puede no aplicarlo.

Esa conjunción de *intención* en el hombre consciente y libre y *gracia* de Dios, convierten al trabajo en una manifestación de la **presencia del Espíritu** que habita entre los hombres.

En su materialidad el trabajo sigue siendo trabajo. Para que se presente como manifestación del Espíritu es necesario que exista un flujo nuevo de pensamientos y sentimientos que se instala en el hombre cuando comienza a vivir su trabajo como colaboración con Dios, en la amistad de Cristo, también trabajador, como ofrenda unida a la ofrenda que de su vida y muerte hizo Cristo al Padre y como anticipación del nuevo cielo y de la nueva tierra del fin de los tiempos. Cuando esto ocurre podemos afirmar que **el Espíritu se manifiesta para el bien común**.

a. El espíritu se manifiesta

El hombre cuando trabaja no sólo transforma las cosas sino que, a la vez y ante todo, realiza su propio ser y, si es cristiano, al trabajar, realiza, despliega además su ser cristiano.

La actividad humana procede del hombre y va destinada al hombre. El hombre dándose a sí mismo, se perfecciona: aprende mucho, cultiva sus facultades, se supera y trasciende. Esta superación de sí, es más importante que la acumulación de riqueza externa. De acuerdo con los designios de Dios, la actividad humana ha de conformarse al auténtico bien del hombre y buscar la plena realización de su vocación (GS 35).

Si el hombre acepta la realidad de su trabajo como una vocación, como presentación de los binomios llamada de Dios — respuesta del hombre, don de Dios y aceptación libre del hombre, se perfecciona profundamente y pone, sin lugar a dudas, de manifiesto la presencia del Espíritu, convirtiendo así el trabajo, en definitiva, **en vida misma del Espíritu que habita entre los hombres**.

El Espíritu se manifiesta siempre. Pero Dios respeta con absoluta elegancia la realidad de la criatura. El hombre creado a imagen y semejanza de Dios ha sido dotado de libertad. Y la presencia del Espíritu respeta la libre determinación del hombre para manifestarse. (Recordar la escena de la Anunciación). No se manifiesta de por sí, sino a través de la libertad del hombre que acepta su presencia y su manifestación a los demás hombres.

b. Para el bien común

Esa manifestación del Espíritu en el hombre, que se hace consciente de su participación en la obra de la creación del Padre y de la redención del Hijo, no se agota en el individuo mismo, sino que al ser este miembro de la sociedad repercute en esta. La manifestación del Espíritu es para el bien común, para el beneficio de todos los hombres.
